

Dirección
Caballeros, 13

Colaboradores
Los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.
Redacción y Adm. en.
San Gil, 1

UNA ADVERTENCIA

Dado el caso de que en varios números de este periódico, han salido artículos plagiados completamente de otros; y habiendo recibido varias veces observaciones referentes al caso, me veo en la necesidad de advertir a los lectores, y especialmente a los que escriben en PLUMAS NOVELES, en general, por no querer particularizar, que de la propiedad de los originales responden sus autores y no la dirección, como se ha venido haciendo hasta aquí; en vista de las ligerezas que se han cometido y que he tolerado por condescendencia, pero que no toleraré en lo sucesivo.

También les advierto a los redactores y colaboradores, que artículo que sea copia de otro, en el número siguiente saldrá el nombre del verdadero autor y de donde lo ha tomado.

Yo ruego a los que escriben en este periódico que vuelvan los ojos asimismo y vean si ellos hubieran admitido artículos plagiados, y sobre todo, cuando se me dice que por qué los he admitido.

Creo bien esclarecido el asunto y no les quepa duda a los escritores de PLUMAS NOVELES—, pero copiando de otro—que les admitiré el artículo y haré lo que he indicado anteriormente; pues no saben las consecuencias que tienen y el mal efecto que causa en los lectores ver un periódico en el que hay artículos que no son originales del que los firma, y como creo mi deber impedirlo, para que no juzguen a todos igual, lo impediré, aunque tenga que poner en ridículo al que firmare el artículo, pues si no lo hiciese así, no sería digno de ocupar el puesto que ocupó en este modesto periódico.

Y por hoy nada más.

EL DIRECTOR.

CUENTO

LA ÚLTIMA CONQUISTA

Una mañana, al levantarse Pedro, se encontró entre el correo una carta de un

intimo amigo suyo, que le invitaba a pasar unos días en su pueblo; al terminar de leer la carta, pensaba si debía ir o no al pueblo de su amigo.

Al cabo de un poco tiempo, se vistió y se lanzó a la calle a dar su cotidiano paseo, y al mismo tiempo, ver si le convenía dejar con su maletita una conquista que por entonces había emprendido; tras de largas meditaciones y encontrándose de un lado la estrecha amistad que unía a los dos amigos, y de otro, el interés despertado por la mujer que seguía desde algunos días antes de recibir la carta, resolvió, por fin, quedarse y dar a su amigo alguna disculpa. Regresó a su casa, y cogiendo papel y pluma, le puso cuatro letras, diciéndole que se encontraba algo enfermo y que, por lo tanto, no podía ir, que cuando se pusiese bien, iría con mucho gusto.

Después de almorzar, se marchó a ponerse de guardia en una calle poco céntrica, donde vivía la dama de sus ensueños y que por aquella hora, salía para ir a una oficina particular, en la que tenía plaza de mecanógrafa.

Al llevar poco tiempo paseando por la calle, salió de una casa humilde una joven de estatura regular, rubia y esbelta sin igual, sus pasos menudos y sus zambas reniqueaban por la angosta calle; Pedro, al verla, se quedó absorto, sin saber si seguirla o quedarse, en esto pasó por delante de él, y entonces, movido sin duda por una fuerza interna que le arrastraba hacia ella, la siguió, y a los pocos pasos, logró alcanzarla y la dijo:

—Señorita, ¿tendría la amabilidad de escucharme unas palabras?

—Con mucho gusto, pero le suplico que sea breve, pues temo llegar tarde a la oficina.

—El caso es, señorita, que desde que tuve la dicha de verla, una tarde, paseando por el Retiro, no he cesado un solo instante en pensar en usted, su figura se me aparece por todas partes, mi cerebro no concibe otra imagen que no sea la de usted; y que la llama de amor que ha brotado en mi corazón, no la pueden apagar más que el bálsamo de sus palabras o sus miradas que producen el mismo efecto que un exterminador de incendios... y hubiéra seguido si no le hubiése cortado su discurso diciéndole:

—Todo eso será verdad, pero si no lo prueba no lo puedo creer, ¡porque hay tantos así! y luego hacen lo que quieren...

—Y cree usted que yo soy uno de tantos, se equivoca, no se puede usted imaginar la pasión que yo siento hacia una criatura tan angelical como es usted.

—Bien, ¿pero y la prueba?

—¡Ah!, ¿Duda de mí? ¿quiere una prueba que le demuestre palpablemente que la adoro? ¡Ahí la tiene! Lea, y diciendo esto le mostró las dos cartas, la que había recibido y la que contestaba.

—Después de leerlas exclamó: ¿pero es verdad?

—¡Que si es verdad! Ya lo creo, como que para que se convenza, delante de usted la voy a depositar en el correo.

—No, no, déjelo, vaya yo se lo suplico, no quiero privarle a su amigo la dicha de tenerle a su lado unos cuantos días.

—¡Cómo! ¡Ha dicho usted dicho! no diga esas cosas, si la dicha la tengo yo en estos momentos.

—¿Pero tanto le interesó, contestó.

—¡Que si me interesó! no lo puede imaginar, y tanto es así que le ruego me diga su nombre, que llevamos bastante tiempo hablando y aun no lo sé.

—Rosa, exclamó.

—Ya decía yo que su nombre iría a la par que su hermosura.

—Muchas gracias, es usted muy amable. ¿Y usted?

—Pedro, para en lo que pueda servirle.

Trascurrió el tiempo y la pareja seguía su camino muy acarameados, cuando en esto llegaron a la puerta de la oficina, se despidieron hasta la tarde en la Moncloa, donde irían a dejar volar la fantasía, por el espacio de la irrealidad.

A los pocos días recibía Antonio una carta de su amigo Pedro, que decía: «Querido Antonio: He recibido la tuya y siento mucho no poder complacerle en esta ocasión, no lo tomes a mal, pero me es imposible abandonar por ahora la Corte, en que he logrado mi última conquista: chico he encontrado una criatura divina y estoy locamente enamorado de ella; y como es por consiguiente, nos pasamos juntos todo el tiempo que le queda libre de su trabajo, comprenderás que estando enamorado no puedo ocuparme más que de ella.

Dentro de dos o tres meses iré a esa acompañado de Rosa, que así se llama mi venus y podrás observar como mi última conquista ha sido definitiva.

Recuerdos a tus padres y hermanos y tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo que te quiere, Pedro.»

F. G.

CÁLIDAS

El sol es muy bromista, ¿No han reparado ustedes en ello? Pues reparen y verán cuán cierto es. Lleva un poco tiempo que, desde el amanecer, le ha dado, al